

Al novato, al novato.  
Mentecatos,  
los antiguos se hacen de novatos.  
Cierren esas bocazas, que me tienen,  
si no lo han por enojo,  
de cada escupetín tapado un ojo.  
Escupilde, muchachos.  
¿No se lo dan, y escúpenlo borrachos?  
¡Miren que son venturas!  
Heme aquí sano, y con escupiduras.  
Repórtense, o ¡por Cristo!, que si saco  
la cotidiana urna de el tabaco,  
que he de escupir yo solo más que todos,  
que de sus polvos se hacen estos lodos;  
mas escupid, hambrones, todo el año;  
que saliva en ayunas no hace daño,  
no se me da una haba.  
Tiene razón, y mucha, el señor Taba.  
¡Ea! Garullo, tente;  
que él dará muy cumplida la patente.  
¿Qué es patente, cuitado?  
Patitieso me vea, y pateado,  
si en toda mi patente  
pudiere de los dos untarle un diente.  
Pues pasará crujía, señor nuevo.  
Venga la manta.  
Espérese, mancebo.  
Déme por esperado.  
A un hombre que es muy poco adinerado  
¿qué le tendrá de costa,  
una patente, como el dueño angosta?  
Pregunta celestial.  
Palabra santa.  
Ya tenemos patente.  
Obró la manta.  
Hay patentes, señor, de varios precios,  
donde es la menor de ellas,  
dos tragos, dos pasteles, y dos pellas,  
que entre los dos a cada dos nos toca.  
¿No más?  
No más.  
¡Jesús! ¿cosa tan poca?  
Tan poca.  
¿Tan barata?  
Tan barata.  
¿Son bastante tres reales?  
Son sobrados.  
¿Y si viniesen otros convidados?  
Traello presto.  
¿Quién ha de traello?  
Garullo.  
Seré un viento en ir por ello.  
¿Tan ligero?  
¿Tan listo?

Pues no lo comerán, ¡por Jesucristo!  
¡Oh, bribón!  
¡Oh, caldista! (Dan tras él.)  
¡Oh, sopa eterna!  
¡Oh, sumidero vil de la taberna!  
Morirás en la trampa.  
Quedo, señores brodios de la hampa,  
que llevarán un pan como unas nueces.  
Yo soy antiguo, una y muchas veces,  
y soy más señalado en las escuelas  
que carita de niño con viruelas,  
y soy más conocido  
que el que impida sin teñirle, y le ha teñido;  
y tengo más patentes recibidas,  
que hay en la Corte viejas engreídas,  
y con más experiencia en casos tales,  
que Alonso labrador en los corrales.  
Semanero de el sorbo,  
para vengarnos es tu prosa estorbo.  
Téngase, vive dije, matalote;  
que aquesta albondiguilla de Torote,  
si la despido a plomo,  
que se la encaje en el memento homo.  
Sale doña Merluza.  
Capigorras perdurables,  
de aquesta Universidad,  
zánganos de toda ciencia,  
que coméis sin trabajar,  
letrados de el baratillo,  
que por ensalmo estudiáis,  
y siendo ayer sopetones,  
hoy nos queréis sopear.  
Venganza, socorro, auxilio,  
favor, amparo, piedad,  
consuelo, ayuda, remedio;  
que mi honor cargado está.  
¿Qué es esto, doña Merluza?  
¿Quién te ha podido enojar?  
¿Qué nube de pesadumbres  
obscureció tu beldad?  
Aquese Alguacil de escuelas  
me fue anoche a visitar.  
¿Y halló a alguien?  
Casi a nadie,  
a un barbero, a un sacristán,  
a un capigorrón, a un sastre,  
y a un tabernero, y no más.  
No son muchos, que más fuera  
toda la Universidad:  
¿qué mucho, si eres merluza  
que te quisiese pescar,  
viéndote tan aliñada  
conforme a tu calidad,  
crujiendo seda y más seda,

que haces ruido en el lugar,  
con vasquiña de ormesí  
y ropa de gorgorán.  
Y ¿en qué paró el visitazo?  
¿Hate despachado mal?  
No me tiene despachada,  
mas quiéreme despachar.  
Eso mismo respondió  
un paje en este lugar  
a su señor que le enviaba  
a un negocio a otra ciudad,  
que habiendo llovido mucho,  
y por el mal temporal,  
crecido estuviese un vado,  
que se había de pasar:  
se detuvo cuatro días,  
y al quinto no matarás,  
le vio su señor, que airado  
dijo: «¿Pues aquí os estáis?  
¿No os tengo ya despachado? »  
A quien con serena faz  
respondió el paje atrevido  
en cuatro versos no más:  
«Quien me hace caminar,  
sin poder pasar el vado,  
no me tiene despachado;  
mas quiéreme despachar.  
¿Llamaron? (Llaman dos veces.)  
No, sino el alba.  
Otra vez.  
Ya escampa.  
Andar.  
Abran aquí a la Justicia.  
Llaman el Alguacil de escuelas y un Compañero.  
Malo  
Endiablado  
Infernal,  
que es el Aguacil de escuelas,  
y nos ha de embanastar,  
si halla con nosotros hembra.  
Si puedo no la hallará,  
que ha de soñar al novato:  
póngase vuested detrás  
de la puerta, y en entrando  
deslíciase.  
¿Quién podrá?,  
que tengo miedo  
Soltalle.  
Abrid presto aquí.  
Ya van.  
¡Hay tal prisa!  
¡Tal rigor!  
Pónese Merluza detrás de la puerta, y Tabaco habla como mujer y como hombre.

Callen, que él lo gormará.  
– ¡Ay, desdichada de mí!  
– Doña Juana, ¿dónde estás?  
– Detrás de la cama. – Malo,  
que entrando te hallará:  
ponte debajo de el cofre.  
– Soy gorda, y no puedo entrar.  
– Pues acepíllate un poco.  
– Ofrézcote a barrabás.  
– Que me ahogo, calla, diablo.  
Abran digo, o haré echar  
las dos puertas en el suelo.  
¿Estás escondida? Mal.  
Abrid, ¡hola!  
¡Ay mis chapines!  
que me los dejé al entrar.  
– Ya están escondidos. – ¿Dónde?  
– Con la moza en el desván.  
Abrid aquí, picarones.  
Entra el Alguacil y su compañero, y vanse por otra puerta, y Merluza  
por la que ellos entraron.  
¡Válgame Dios! ¿abrirán?  
¡Hola! derechos al cofre,  
¿Dónde está el cofre?  
Ahí está.  
Pónese Tabaco a otra puerta.  
¿Qué habernos de hacer agora?  
Volvelle loco y no más.  
¡Juana! – ¿Qué quieres? – Ven presto,  
súbete a questo desván.  
– ¿Por dónde? – Por la alcobilla,  
y el diablo no te hallará,  
– Corre. – Corro. – Sube. – Subo.  
– Aprisa. – No puedo más.  
Salen por una puerta y entran por otra.  
No la valdrá el alcobilla.  
Menos la valdrá el desván.  
Buenos andan los danzantes,  
desde Herodes a Caifas.  
Toman entre dos un cordel, y cuando salen tropiezan en él.  
Tened agora los dos  
de este cordel, porque han  
de caer, y no en la cuenta.  
– ¿Saldré, Licenciado? – Sal,  
que abierta tienes la puerta,  
y si bajan... – ¿Qué es baxar:  
– Vete. – Voy me.  
Presto, presto,  
id tras ellas, que se van.  
¡Jesús !  
¡Jesús! ¿qué es aquesto?  
Pues ¿no lo ven tropezar;  
vienen ciegos?  
¡Oh, picaño, asilde!

No se me irá;  
téngase, digo.  
Vuestedes  
habrán menester lo más.  
¿Qué son aquí los caídos?,  
¿qué Cordelejo nos dan?  
No, que ellos se le tomaron,  
en un palmo de portal,  
por sus pies, no por sus manos.  
¡Ea, señor, no haya más!  
Pase por burla entre amigos.  
¿Qué es amigos y pasar?  
¿Adonde está esta mujer?  
Yo le diré dónde está.  
— ¡Señora doña Merluza! (Cantado todo.)  
¿Qué hay, mi señor don Cecial?  
Salga, porque en rebeldía  
la pretenden sentenciar. (Todo es cantado.)  
Ante vuested me presento  
apelando a su piedad.  
Y si valen rogadores,  
éstos se lo rogarán.  
Baste ya el enojo, señor Alguacil;  
que una burla a tiempo  
es para reir.  
Por aqueste baile,  
ya que no por mí,  
ha de hacello gala,  
y dejarnos ir;  
Vayan seguidillas,  
porque venga así  
de principio triste,  
á un alegre fin.  
Dices que no pida dinero a nadie,  
prueba tú, no comiendo verás si es fácil:  
la vergüenza me embarga pedir prestado,  
y responde la hambre, que sin embargo.